

EL LENGUAJE DE BELARMINO

Por CARLOS CLAVERIA

EL extraño lenguaje inventado por el zapatero Belarmino, en la novela *Belarmino y Apolonio*, de Ramón Pérez de Ayala, no es el único caso en la obra ayalina de lenguaje individual y cabalístico. Parece como si el autor hubiera sentido siempre, desde temprana fecha, un gran interés por el misterio de la palabra, por el convencionalismo de su significado, y por las posibilidades de creación de un lenguaje individual, hermético e incomprensible, última consecuencia de los repetidos ensayos de Ayala de presentarnos sus criaturas de ficción caracterizadas por una especialísima manera de hablar y de expresar su pensamiento.

Los ejemplos son numerosos (1). Ya en una de las novelitas del volumen *Bajo el signo de Artemisa*, la que lleva por

(1) Cito por la edición *Obras completas de Ramón Pérez de Ayala* I-XIX, Madrid, 1924-30. Cuando lo creo oportuno doy entre paréntesis la fecha de publicación del libro. La novela *Belarmino y Apolonio* se cita siempre *Bel.*—Aprovecho en lo posible los datos que proporciona el libro de F. Agustín, *R. Pérez de Ayala. Su vida y obras*, Madrid 1927. Escrito ya este ensayo, consigo una copia del estudio de B. Levy, *Pérez de Ayala's, Belarmino y Apolonio* («The Spanish Review, 1936, III, páginas 74-81), que constituye un inteligente intento de explicar las figuras de los dos zapateros como una parodia de lo que Ayala ha combatido siempre, los malos dramas y la falsedad de las afectaciones poéticas modernistas, así como de interpretar la formación del lenguaje de Belarmino como proceso paralelo al del lenguaje hermético de Mallarmé, basados ambos en la misma desconfianza del valor que las palabras tienen en el diccionario. Es difícil aceptar, sin embargo, de manera absoluta, que todo sea «Ayala's scornful disdain of Belarmino's hermetic idiom». Ese idioma tiene más y más profundas raíces en la obra total del autor.

título *Exodo*, fechada en 1910, vemos a don Cristóbal emplear un lenguaje convenido, que el hidalgo ha enseñado a su fiel criado Pepón para que nadie entienda sus propósitos, «frases extrañas e incongruentes» que dejan perplejo al capellán de la casona, don Eutiquio (2). Muchos personajes ayalinos hablan un lenguaje propio y característico que les distingue del común de los mortales: Así, tenemos el habla culta y obscura, llena de metáforas helénicas y de reminiscencias mitológicas, del Profesor de griego de la Universidad de Pilares, Marco de Setiñano, el fracasado padre de un soñado *Prometeo* (1916), y un caso parecido en el «lenguaje revesado» de don Cástulo, preceptor de Urbano en *Luna de miel, luna de hiel* y los *Trabajos de Urbano y Simona* (1923). Lo mismo que Apolonio, el zapatero-dramaturgo rival de Belarmino, habla en verso, don Sincerato Gamborena, contertulio de doña Marica en *Tigre Juan* y *El curandero de su honra* (1926), Director de un Asilo de Sordomudos y Ciegos, «en cuyo trato constante se había acostumbrado a hablar por epígrafes», emplea un lenguaje salpicado de «surtido repertorio de exclamaciones por aliteración y consonancia» y acompañado de repique de toses y de risas, de acento personalísimo, casi incomprendible a veces, pero que llega a adquirir tono simbólico en el parlamento que, desde su lecho de muerte, dirige, en la última de las novelas, a *Tigre Juan*. En uno de los cuentos de *El ombligo del mundo* (1924), uno de los personajes, el llamado *Grano de pimienta*, se defiende de las citas con que pretende anonadarse su rival *Mil perdones* con un lenguaje inventado por él, que «se reducía a entreverar con una partícula fija, *pi* o *ti*, las sílabas de una frase castellana cualquiera», y al que traduce todo género de insolencias, ininteligibles para el tímido cortador de *Cerecina*. En otro de los cuentos del mismo libro, *La triste Adriana*, la protagonista no entiende el lenguaje figurado de Xuanín, *el Sapo*, autor de «coplas que nadie atina-

(2) *Bajo el signo de Artemisa*, págs. 198 y s.

ba a descifrar», pero llenas de una poesía auténtica que reconoce el señor Hurtado, el pontífice de la peña de los *Escorpiones*. Y en *La pata de la raposa* (1912), novela que precede en nueve años la aparición de *Belarmino y Apolonio* (1921), encontramos un primer ensayo de vocabulario personal, elaborado según principios originales, en boca del padre de Fina, don Medardo, y un precioso dato que nos permite afirmar que la trama de la novela de los dos geniales zapateros y el germen del léxico belarminiano vivían ya por aquel entonces en la mente de Pérez de Ayala. Se describe allí la personalidad de Manolo, el fámulo de Alberto Díaz de Guzmán, al que luego hemos de volver a encontrar como don Manuel Carruéjano, Teniente Alcalde conservador de Cenciella, expresándose en forma pedante y grandilocuente, del que se dice que sus latrocinios en la administración de la economía doméstica de su amo :

«no le impédían profesar ideas radicales, cultivar a su modo el intelecto, adquirir un vocabulario de palabras sesquipedales, como archisupercrematísticamente, asombrar a sus relaciones con el fárrago de su sabiduría y enviar, bajo seudónimo, a un periodicucho de Pilares, artículos tremebundos que comenzaban así : «La contumelia de las circunstancias es la base más firme de la metempsicosis» (esta frase se la había plagiado a un tal Belarmino, zapatero y filósofo de la localidad).» (3).

En varias ocasiones, los libros de Ayala nos colocan delante de la situación angustiada del hombre que habla su lenguaje y no es comprendido, y de la del que escucha palabras cuyo significado no puede alcanzar. Escobar, *el Estudiantón* de Pilares, intérprete de pensamiento y del vocabulario belarminianos, a quien tantas veces hemos de referirnos, parece querer resumir este drama de la incomprensión entre los hombres, con las siguientes palabras :

(3) *La pata de la raposa*, pág. 13.

«Cada hombre, que es una cosa de veras, habla un idioma distinto que no entiende el que no es esa cosa, porque tienen alma distinta. El chalán habla su idioma, el contrabandista el suyo, el suyo también el político, y el artista, y el ferretero, y el soldado y el dentista. El mundo es como una gran lonja, llena de sordos que aspiran a verificar sus transacciones; todos gritan; hay un horrendo rebullicio; pero como no se oyen los unos a los otros, no se concluye ningún trato.» (4).

Los interlocutores hablan desde planos que se mueven paralelos sin interferirse, o bien se produce, en el plano común por el que discurren sus razones, una grave crisis que les extraña inmediatamente. En los dos casos, puesto que, como ha dicho un filósofo de la lengua, no comprender es igual a no conocer, estamos en presencia de un idioma desconocido y habrá que buscar un punto común de referencia para restablecer el equilibrio. A Marco de Setiñano no puede entenderle su futuro suegro cuando se lanza por la pendiente de la mitología y de sus sueños de paternidad. Generoso Vigil, oye disertar a los *Escorpiones*, de Reicastro, en la historia de su vida titulada *Clib* (incluida en *El ombligo del mundo*), sintiéndose atraído por «su lenguaje cabalístico» que no entiende, pero que a él le parece «expresión paralela de las cabalísticas leyes intrínsecas de la ruleta». En la novela juvenil de Ayala de que hablamos, se aprecia la confusión de Pepón cuando no reconoce la palabra *éxodo* en el lenguaje de su amo, aferrándose, por el contrario, a los *fardos* y las *sodomas* cuya secreta significación constituye una realidad para él. La Marquesa de San Albano cree, al informarse acerca de la profesión de Setiñano,

(4) *Bel.*, pág. 58. A don Leoncio, en *Trabajos de Urbano y Simona*, el léxico de María Egipcíaca le impresiona como no propio de su clase social («¡Qué simple, qué ordinaria, a pesar de ser hija de magistrado...!»), tan distinto en todo al «lenguaje depurado y lindo de Micaela» (pág. 147). En la misma novela, el cándido centauro Paolo emplea los verbos *cabalgar* y *apeonar* para indicar los distintos mundos de los que van a caballo o andan a pie.

que el griego no existe, puesto que se dice, «cuando una cosa no se entiende, que está en griego», lo mismo que al aldeano al que se dirige Tigre Juan, en *El curandero de su honra*, en la mañana de su desgracia, le parece «como si le falase en latín» ante un *in flagranti de Tigre Juan*, cuanto éste le habla y dice sobre el honor conyugal, y que, en *Luna de miel, luna de hiel*, doña Rosita se figure que es vascuence una sentencia de Eurípides en boca del atormentado don Cástulo. En la novela del zapatero filósofo, vemos constantemente la sorpresa del mundo ante el léxico belarminiano y la de Belarmino ante toda palabra cuya significación le escapa y en la que quiere adivinar, sin embargo, valores ocultos e insospechados, y al propio Belarmino echar continuamente mano de su bilingüismo para salir de su soledad y para hacerse entender de los demás, cuando no es presa del temor de llegar a no verse entendido por su hija y recurre al medio de adquirir una urraca que, aprendiendo a hablar, le conserve el contacto con el vulgar lenguaje de los hombres.

En este problema de la incomprensión y del lenguaje individual se encierra otro de educación y cultura. Lo que Hermann Paúl llama densidad semántica (*Bedeutungsinhalt*) de la palabra y la riqueza del vocabulario dependen del grado de cultura del individuo. Una palabra quiere decir mucho para quien, por sus conocimientos, está dentro de ella y puede relacionarla con las diferentes esferas de la vida, y quiere decir poco o nada para aquel al que la palabra evoca únicamente escasas ideas (*Vorstellungen*), o la ignora en absoluto. Para estos últimos, la palabra habrá dejado de ser un signo. Las palabras, sueltas, desligadas de toda tradición literaria, de toda transmisión continuada, no tienen que ver con la lengua a que pertenecieron. Por eso no se entienden, se tiñen de tonalidades misteriosas, se aprestan a sufrir transformaciones imprevisibles y arbitrarias y pasan a adquirir distinta y plúrrime sig-

nificación (5). Mucho de esto encontramos en el lenguaje de Belarmino ; pero el caso es más complejo : Belarmino desconoce, en efecto, palabras que oye a los que con él hablan (*expeditivo, estoico, epicúreo*), que se promete someter a ulteriores manipulaciones filosóficas, pero no está en la misma situación que Conchona, la criada de doña Rosita y futura esposa de don Cástulo, repitiendo, sin saber lo que dice, la palabra *centenes* que oyó a un indiano al que sirvió en otro tiempo (6). Belarmino siente ante las palabras desconocidas la emoción

(5) A. Meillet, *Comment les mots changent de sens* (en *Linguistique historique et linguistique generale*, París, 1921, págs. 253 y s.), señala el carácter esencialmente discontinuo de la lengua, no como la única, pero sí como la primera causa que determina la posibilidad y modalidad de todos los cambios lingüísticos. M. Bataillon, en una crítica de *Bel.*, publicada a poco de su aparición («Bulletin Hispanique, XXIV, 1922, pág. 190), insiste en el fenómeno de la transmisión interrumpida como causa determinante de los cambios de significación en el léxico belarminiano....—Un pedantón ignorante, como Apolonio, puede producir, a base de unas citas literarias e históricas incomprendidas, el efecto de un lenguaje cabalístico : «Tiene razón mi señora la duquesa. Quienes amontonan el oro son hombres viles. ¿Qué aconsejó Yago? Llena tu bolsa. Quienes lo conquistan y lo reparten, son hombres nobles. ¿Qué hizo Hernán Cortés? Quemar sus naves. Quienes carecen de oro son hombres indiferentes.» (*Bel.*, pág. 103.) Estas frases, pronunciadas en la tertulia de la Duquesa de Somavía no son entendidas por los circunstantes ; obsérvese el giro belarminiano de la última oración. Un caso parecido es el de Generoso Vigil, en cuyo lenguaje se refleja lo aprendido entre los *Escorpiones* y en el *Clip*, dando frases como la siguiente : «Tanto monta lo uno como lo otro. Al burro muerto, la cebada al rabo. Todo quedará en enajenarse para ensimismarse, y ensimismarse para enajenarse.» (*El ombligo del mundo*, pág. 226.) Pero Pérez de Ayala nos da otro ejemplo de lenguaje cabalístico no basado en la incompreensión entre estadios distintos de cultura, sino en una expresión de un estado de ánimo que el mundo no comparte ni adivina : Federico, el marido de *La triste Adriana*, expresa con estas palabras algo que los *Escorpiones* juzgan sibilino : «Estoy herido de gravedad y me quejo porque me duele un callo. Estoy mal herido, pero no sé dónde está la herida. El dolor lo tengo embotellado dentro de la vasija. Corchada la vasija. El plagio es el corcho. Aguzo el ingenio y louerzo como un sacacorcho para abrir la vasija, y no acierto.» (*El ombligo del mundo*, pág. 139.) Nótese el parentesco de estos símiles con el simbolismo del lenguaje del zapatero-filósofo.

(6) Un caso parecido es la ignorancia de *popa* e interpretación de *barraganla* («la misma palabra lo da a entender, se dice de aquellos que no creen en la transubstanciación»), en la novelita *El Anticristo*, fechada en 1912 (*Bajo el signo de Artemisa*, págs. 268 y 273), muy afín, en la forma, al lenguaje belarminiano.

del conocimiento que era para él igual a creación. Pérez de Ayala ha dicho una vez en verso, parafraseando un texto sagrado: «El verbo creativo fué la palabra oral» (7). Nombrando, que es para él lo mismo que conocer y que crear, Belarmino recrea el mundo, y las palabras aplicadas por él a su pensamiento adquieren una realidad sustantiva y propia y un sentido pristino y mitológico, distinto al que la rutina de los hombres les dió. En otra novela de Ayala encontramos explícitamente señalado este místico valor de la palabra primitiva:

«Escuchaba como los niños acostumbran, con los ojos, como si las palabras, al desgajarse de los labios, se materializaran, adquiriendo la forma y el color de los objetos representados. Veía los vocablos en su religiosa desnudez originaria.» (8).

En sus largas meditaciones sobre el *cosmos*, o seáse, el diccionario, Belarmino veía también las palabras «materialmente, escapándose de los pajizos folios, caminar sobre el pavimento, o volar en el aire, o diluirse nebulosamente en el techo». «Porque la cosa y la palabra es uno mismo», corporeizan ellas las ideas que Belarmino no pudo hasta entonces expresar. Buscando el verdadero sentido de las palabras, «evitando con el mayor escrúpulo que rozasen sus ojos la definición de que iban acompañadas», no hacía sino sentir «una manera de placer místico, un a modo de comunicación directa con lo absoluto e íntima percepción de la esencia de las cosas» (9). En *La paz del sendero* encontramos también aludidas «aquellas palabras misteriosas, que evoquen, inefable, la esencia de las cosas» (10). El lenguaje de Belarmino parece aspirar, en el fondo, a la esencialidad, a una identificación de las palabras y las cosas, del pensamiento que les da realidad y del lenguaje que las expresa.

(7) *El sendero andante*, pág. 156.

(8) *Troteras y danzaderas* (1913), pág. 65.

(9) *Bel.*, págs. 121-3.

(10) *La paz del sendero* (1903), pág. 127.

Con razón cita Froilán Escobar, alias *el Estudiantón* o *Ali-gator*, por dos veces, en las notas que dejó escritas comentando el lenguaje de Belarmino, al lingüista Max Müller. Las famosas *Lectures on the Science of Language* del filólogo anglo-alemán, publicadas por primera vez, en dos series, en los años 1861 y 1864, editadas después numerosas veces y traducidas a varias lenguas europeas, no parecen ser ajenas al planteamiento de los fenómenos lingüísticos que tienen lugar en el rincón de una zapatería de Pilares (11). Cuando Escobar escribe, queriendo demostrar que la invención belarminiana corresponde a la inteligencia de su autor, que «Max Müller repite incontables veces, y lo prueba otras tantas, que pensamiento y lenguaje son idénticos (12), demuestra haber comprendido perfectamente el *leitmotiv* de las *Lectures*, «without speech no reason, without reason no speech», que ha de ser luego lema y materia de otro libro de Müller, *The Science of Thought*, aparecido en 1887. Y quién sabe si también la posibilidad de un lenguaje artificial, «after men have once learnt to speak and to reason», tal como Max Müller la expone, refiriéndose a los intentos de Leibnitz y de Bishop Wilkins (13), no pudo dejar de influir en el origen de la creación del lenguaje filosófico del zapatero de portal. Y así, asimismo, el primitivo valor quasi-religioso y místico de la palabra que encontramos en la obra de Pérez de Ayala no procede del uso frecuente que hace y del sentido genérico que, dentro de su teoría, da el célebre Profesor de Oxford a la Mitología, como

(11) Cito por la sexta edición, en dos volúmenes, London, 1871. Las teorías de Max Müller, expuestas en las *Lectures* y en otras de sus obras, apasionaron en su tiempo a especialistas y profanos, dando lugar a grandes discusiones. Aun suponiendo que Ayala hubiera leído las *Lectures* en su temprano primer viaje a Inglaterra, en esa época Max Müller había pasado ya a la Historia. Para la valoración moderna de su teoría del lenguaje, véase Ph. B. Ballard, *Thought and Language*, London, 1934, págs. 29 y s.

(12) *Bel.*, pág. 271.

(13) *Lectures*, vol. II, págs. 48 y s.

fuerza que el lenguaje ejerce sobre el pensamiento en todas las esferas de la actividad espiritual (14).

No poseemos datos suficientes sobre la lengua de Belarmino para juzgarla en su conjunto. Mucho de lo que sabemos acerca de ella, no es por conocimiento directo, sino a través de sus intérpretes y comentadores. La teoría de la palabra que llega a nosotros por conducto del Canónigo don Pedro Guillén Caramanzana, pretende explicarnos lo que Belarmino se proponía :

«La mesa, decía, se llama mesa porque nos da la gana ; lo mismo podía llamarse silla ; y porque nos da la gana llamamos a la mesa y a la silla del mismo modo cuando las llamamos muebles ; pero lo mismo podían llamarse casas ; y porque nos da la gana llamamos a los muebles y a las casas del mismo modo cuando las llamamos cosas. La cuestión de la filosofía está en buscar una palabra que lo diga todo cuando nos da la gana.» (15).

Teorizara previamente o no de esta manera Belarmino, en términos que recuerdan las palabras de Rabelais : «Les mots ne signifient naturellement, mais à plaisir», con las que un filólogo contemporáneo ha encabezado uno de sus libros, cuando se lanzaba a sus elucubraciones, el hecho es que *el Estudiantón* da una interpretación parecida a sus propósitos, después de la experiencia del gramófono, en que el zapatero se oye a sí mismo, creyendo que escucha una conferencia del filósofo Meo de Clerode, de Kenisberga, al afirmar lo siguiente :

«Justamente, eso es lo que pretende Belarmino ; dar a entender varias cosas con una sola palabra. Y como las palabras que él sabía, únicamente expresaba cada cual una cosa, ha in-

(14) *Lectures*, vol. II, págs. 392 y s. Compárese E. Cassirer, *Sprache und Mythos (Studien der Bibliothek Warburg, VI)*, Berlín, 1925, páginas 3 y s.

(15) *Rel.*, pág. 94.

ventado un nuevo idioma en que cada palabra indica varias cosas, por lo menos la serie de cosas que producen la cosa más particularmente designada por cada palabra.» (16).

Cuando oímos al propio Belarmino, valiéndose de símiles zapateriles para explicar a Monsieur Colignon su nueva profesión de filósofo, que «el aquel de la Filosofía no es más que ensanchar las palabras, como si dijéramos meterlas en la horma» y que mientras «encontramos una sola palabra donde cupieran todas las cosas», procura aplacarse «haciendo hormas para varios pies y enanchando palabras para varias cosas» (17), estamos, no ante lo que Michel Breal, sistematizador de los principios de la ciencia semántica moderna, llama «*elargissement du sens*», basado en una desproporción entre la palabra y la cosa, sino más bien ante el fenómeno general de todos los sistemas y lenguajes filosóficos, a que hace referencia Max Müller, que pretenden hacer entrar dentro de grandes categorías todas las ideas de la mente humana (18). Escobar parece haber leído con bastante detenimiento esta *Lecture II* del segundo volumen, que trata especialmente de la relación entre el lenguaje y la razón, pues en una de sus citas transcribe exacta y cuidadosamente unas cifras que Müller aduce en su análisis de los elementos del lenguaje (19), demasiado vecinas a otras páginas para que éstas pudieran pasar desapercibidas y no contribuyeran a influir en la solución de los problemas belarminianos.

(16) *Bel.*, pág. 157.

(17) *Bel.*, págs. 55 y s.

(18) *Lectures*, vol. II, pág. 5.

(19) He aquí la carta de Escobar: «Max Müller dice que, colocando las veintitrés o veinticuatro letras de los abecedarios en todas las combinaciones posibles, se obtendrían todas las palabras que han sido empleadas en todos los idiomas del mundo y todas las que se hayan de emplear. Tomando veintitrés letras como base, el número de palabras sería: 25.852.016.738.884.976.640.000, y con veinticuatro como base: 620.448.401.733.239.439.360.000.» (*Bel.*, págs. 275 y s.) Compárese *Lectures*, vol. II, pág. 81.

Hemos visto cómo, buceando en el diccionario, encuentra Belarmino palabras que le ayudan a formar el mundo de los objetos y a expresar su pensamiento. El zapatero-filósofo parte de palabras comunes, admitidas por el uso, de un idioma nacional. Sabe, a pesar de todo, lo que, en un ensayo político, escribiera una vez Ayala que : «no es indiferente decir mesa, silla, caballo, néctar, puesto que cada una de estas palabras designa una cosa o un ser que satisface fines distintos, cuando no opuestos» (20). Siente las palabras del *cosmos*, que unas veces eran seres, otras eran cosas ; otras, conceptos e ideas ; otras, sensaciones de los sentidos ; otras, delicadas emociones», y también «sensación de cualidades físicas» (21), como algo formando parte de sí mismo. Las palabras nunca están aisladas en un espíritu (22). Incluso un personaje ayalino, el poetaastro Teófilo, de *Troteras y danzaderas*, rico en tópicos, pero pobre en sentimientos, inclinado al uso de «palabras huecas», siente, en un momento de sequedad espiritual absoluta, al oír las palabras agua y fuego, que éstas «le sugerían emociones e ideas» (23). Aquí están los materiales : las palabras se agitan en la zona borrosa de la conciencia de Belarmino en un proceso aleatorio y evolutivo de *enanchamiento*. En cada

(20) *Política y toros* (120 ; los artículos son anteriores), pág. 149.

(21) *Bel.*, págs. 121-2.

(22) J. Vendryes, *Le langage*, París, 1921, pág. 218, escribe : «Quand un mot émerge à notre conscience, il n'est donc pas isolé. Même quand il ne se présente à nous que sous un seul aspect, quand les autres restent dans l'ombre, il n'entraîne pas moins derrière lui une foule de notions et de sentiments qui y sont attachés par de liens subtiles et qui sont toujours prêts à se montrer. Les mots que nous avons dans l'esprit participent à toute notre vie intellectuelle et sentimentale.»

(23) *Troteras y danzaderas*, pág. 38 (Compárese D. King Arjona, *La Voluntad and Abulia in Contemporary Spanish Ideology*, en «Revue Hispanique», 1928, vol. 74, pág. 664, observa : «P. de A's reverence for feelings leads him to scorn the empty words which so often take its place.) La imposibilidad de pronunciar una palabra, «sin pensar en lo que significa», tal como Don Cristóbal ordena hacer a Pepón, en *Padre e hijo*, con *Balmaseda*, y de que la palabra no se una a ninguna otra idea o a otra palabra, aun a pesar del que la dice, «el demontre sabe por qué», en *Bajo el signo de Artemisa*, pág. 218 .

una de ellas está encerrada su metafísica, su secreto. El canónigo don Pedrito quiere revelarnos algo de ello cuando nos habla de la teoría belarminiana, que dice: «De las palabras no cuenta la estructura, sino el timbre y la intención» (24). Será difícil atenerse exactamente a estos principios al examinar el vocabulario filosófico de Belarmino, pero habrá que tenerlos en cuenta. ¿Hay, acaso, en esto un trasunto de la doctrina maxmülleriana de la «mystic harmony betwen sound and sense»? (25). ¿Habrá que interpretar intención, como si el «volitional element» se sobrepusiera y llegara casi a borrar el «cognitional element» del lenguaje? (26). O bien, ¿no será más bien que intención sea únicamente la intención de Belarmino, o que, como demuestran los resultados de sus especulaciones, las palabras lleven dentro de sí su propia intención?

Veamos ahora cómo el remendón llega concretamente a su tecnicismo esotérico. Una vez se refiere a él, como «la filosofía tal como la apunta mi inteletto» (27). Pérez de Ayala ha sabido meterse en el alma de Belarmino para explicarnos el diálogo interior con ese «recóndito ser personal o demonio íntimo», que él llama *Inteletto* (28). Estos diálogos, en los que se inicia la transformación de las palabras del léxico belarminiano, están muy en relación con el problema de lo inefable, que el psicólogo francés Pierre Janet ha estudiado como eta-

(24) *Bel.*, pág. 94. La concisa manera de exponerse esta teoría, después de aludirse a los alegres ajos que soltaba la Duquesa de Somavía, no permite una clara interpretación del pasaje. Pérez de Ayala, en el citado ensayo político, escribe también: «Pero cuando digo dinamita quiero significar dinamita, que no polvos de arroz, y no incurro en palabrería, sino que procedo con *real* intención, ya que cada realidad lleva su nombre correspondiente, para que nos entendamos.» (*Política y toros*, pág. 150.)

(25) Compárese O. Jespersen, *Language. Its nature, development and origin*, London, 1922, pág. 413.

(26) La discusión de este problema en H. Mulder, *Cognition and Volition in Language*, Groningen, 1936.

(27) *Bel.*, pág. 5.

(28) *Bel.*, págs 70 y 73.

pa en el desarrollo del lenguaje (29). Nuestro zapatero de Pílares, como buen místico, conoce el éxtasis y la congoja de querer expresar cosas inexpressables a través del lenguaje humano. Puede decirse que Belarmino empieza y termina en lo inefable, desde que el *Inteleto* comienza a rebullir en su cerebro hasta el silencio en que se sume después de la desaparición de Angustias. Recuérdese la última enseñanza, a manera de apólogo, que, antes de que se encerrara en su mutismo, pudo recoger y traducir Escobar, *el Aligator* :

«Una vez era un hombre que, por pensar y sentir tanto, hablaba escaso y premioso. No hablaba, porque comprendía tantas cosas en cada cosa singular que no acertaba a expresarse. Los otros le llamaban tonto. Este hombre, cuando supo expresar todas las cosas que comprendía en una sola cosa, hablaba más que nadie. Los otros le llamaban charlatán. Pero este hombre, cuando, en lugar de ver tantas cosas en una sola cosa, en todas las cosas distintas no vió ya sino una y la misma cosa, porque había penetrado en el sentido y en la verdad de todo : al llegar a esto, este hombre ya no volvió a hablar ni una palabra. Y los demás le llamaban loco.» (30).

En resumen, el apólogo viene a demostrar que Belarmino, con su silencio, había llegado bastante lejos en el *enanchamiento* de las palabras y de las cosas.

(29) P. Janet, *L'intelligence avant le langage*, París, 1936, págs. 251 y s. B. Leby, *ob. cit.*, observa también que «Belarmino's concluding stage in his speculative evolution is a philosophy of silence», comparándolo con Mallarmé. Hay que recordar, a este propósito, la interpretación de J. Cassou, en su recensión de la traducción francesa de *Bel.* («Revue Europeene», 1923, II), del diálogo interior de Belarmino, haciéndolo entroncar con la tradición clásica española. En *La calda de los limones* alude Ayala a dos casos de silencios expresivos: Bermudo, el criado de Arias, que parece haber enajenado el uso de la palabra, rompe a hablar en momentos decisivos, revelando, «con voz como mucilaginoso y en grumos», reconcentradas ideas; y la semirrational Prisca, criada de la pensión donde el autor conoce a las señoras de Gualfranco, que no encuentra lenguaje para expresar su alegría y lo sustituye por una mímica de gestos y risas (*Prometeo*, págs. 203 y 257-8).

(30) *Bel.*, pág. 203.

Belarmino procede por combinaciones asociativas de imágenes y de ideas. Conocemos el ejemplo, por desgracia, único, de cómo llega a las sinonimias *camello = ministro de la Corona*, *joroba = responsabilidad* (31). También, en otra ocasión, se hace referencia a que, «por asociación de imágenes», contemplando el plumaje dominicano de la urraca, a la que tiene que enseñar la vulgar jerga de los humanos, piensa en el padre Alesón (32). Con más datos se podría intentar comparar la representación psíquica de ideas y conceptos en la mente de Belarmino con los resultados que nos proporciona la psicología experimental, aunque esto nos llevaría tal vez demasiado lejos. Pero es un hecho que en la investigación del lenguaje de Belarmino no podremos partir de una imagen verbal, unidad psicológica anterior a la palabra, sino de la serie de representaciones que evoca o provoca la palabra origen de ellas (*Reizwort*). Antoine Meillet ha hecho notar que, en lo referente a los cambios semánticos, constituye una circunstancia importante que la palabra «n'eveille presque jamais l'image de l'objet ou de l'acte dont il est le signe» (33). Belarmino tenía necesariamente que percibir ese débil y confuso eco que es la palabra de las tendencias, que despertaría la percepción de los objetos representados por ella. Así se comprende que el *camello* pueda salir del *cosmos* «muy mermado de proporciones» y se transforme, al poco tiempo, en un ser humano que conserva sobre sí las *jorobas* de la responsabilidad, pronto convertidas en una cartera de ministro. Una imagen evocada de manera poco precisa está fácilmente sujeta a sufrir modificaciones, sin hacer gran resistencia, asociándose a todo el conjunto de medios individuales de que se vale el hombre para representarse lo que las palabras dicen. Tanto más cuanto que Belarmino «las palabras que con mayor ansiedad perseguía, las que le transían de en-

(31) *Bel.*, págs. 122-3.

(32) *Bel.*, págs. 125-6.

(33) A. Meillet, *ob. cit.*, pág. 236

tusiasmo, en comprendiéndolas y creándolas, eran aquellas que a él se le antojaban términos filosóficos, y que, por ende, expresaban un concepto inmaterial» (34). No hay que olvidar tampoco que Belarmino ignora en ellas, muchas veces, su empleo y significados exactos.

Como precisamente la mayoría de las palabras que conservamos del léxico belarminiano se refieren a conceptos abstractos y no a objetos materiales, habrá que buscar en ellas la principal característica del mismo. Belarmino procede, en algunos casos, a una permutación, al uso metafórico de una palabra por otra, si, como Max Müller dice, «metaphor generally means the transferring of a name from the object to which it properly belongs to other objects which strike the mind as in some way or other participating in the peculiarities of the first object» (35). Este valor metafórico de la lengua contribuye al sentido misterioso de las palabras. Modernas investigaciones sobre el origen de las metáforas demuestran que la tendencia primitiva a hacer, a través de ellas, más claro y expresivo el pensamiento de los hombres, acaban por hacer más difícil y oscura su lengua. Lo metafórico, que es evidencia y claridad meridiana para él, constituye en el lenguaje de Belarmino la base esencial de su obscuridad.

Aunque en la alquimia belarminiana intervenga siempre «una revelación no poco difícil de explicar», encontramos en algunos términos (36) la sustitución de palabras por otras que suponen una encarnación simbólica, a veces próxima, a veces remota, del concepto que expresan: por ejemplo, *Grecia = sabiduría*, *inquisición = dolor*. Este procedimiento nos recuerda la equiparación, en la novela *Exodo*, citada, *sodo-*

(34) *Bel.*, pág. 123.

(35) *Lectures*, vol. II, pág. 385.

(36) Como es sabido, algunas voces del léxico belarminiano están recogidas en un apéndice a *Bel.* Siempre que no se haga una cita especial, deberá recurrirse a él.

mas = latas de petróleo. Nótese, sin embargo, que hay en todas estas sustituciones la asociación de un elemento histórico que habla bastante a favor del grado de cultura de Belarmino y que contrasta un poco con el resto del vocabulario. En el mismo plano están seguramente *besar = envidiar*, para llegar a lo cual hay que remontarse al beso de Judas y el hasta hoy inexplicado proceso *faraón = crisis*. También *sapo = sabio* supone un simbolismo sutil, basado en la historia del pensamiento filosófico. Otras veces nos encontramos, por el contrario, ante una sencilla permutación de términos casi equivalentes, en la que Belarmino acentúa, con su vocablo, lo plástico de la idea: *horario = esfera* y *peso = sentimiento grave* (37). Un resto de modismo popular (*hinchado = vanidoso* en *hincharse como un globo*) parece quedar en *globo = vanidad*. Otras sinonimias revelan, por otra parte, una profunda interpretación del auténtico significado de la palabra, que está muy lejos de las simplicísimas comparaciones con que Pérez de Ayala hace, en sus experimentos de *La pata de la raposa*, que don Medardo llegue a creer que *higiénico* es lo mismo que *aristocrático* (38); así, por ejemplo, tenemos *puerperal = fecundo, con dolor*, y, asimismo, *instrumental = lo útil y eficaz, ecuménico = conciliación, síntesis*. Algunos verbos, como *acariciar, desnudar, encarcelar, prohijar, regar*, conservan mucho de su significado primitivo, si bien se busca en sus acciones el sentido figurado de su fin último y más profundo: en ellos observamos, mejor que en parte alguna, el resultado del proceso de *enanchamiento* a que fueron sometidos. Pero todo esto no agota lo más original del mecanismo del lenguaje belarminiano.

Junto a todo ello se manifiesta en Belarmino el natural impulso humano de encontrar y dar a las palabras un claro sen-

(37) La misma tendencia se observa en la ya tratada *gorroba = responsabilidad*. Una sustitución única de sinónimos en *leal = fiel* («leal monta tanto como fiel», de la balanza).

(38) *La pata de la raposa*, pág. 270 .

tido Es evidente que esto ha de suceder dentro de su especial manera de pensar y de concebir el lenguaje ; pero aun siendo así, no podrá extrañarnos reconocer, en el vocabulario esotérico de nuestro zapatero, el fenómeno lingüístico conocido con el nombre de etimología popular, que no es otra cosa que «das Bedürfnis des Sprechenden, die Wörter voll und ganz zu verstehen, sie mit schon bekanten zu verbinden» (39). La necesidad fundamental que siente el hombre de unir y relacionar los diferentes elementos que componen el lenguaje, le lleva, por medio de su sensibilidad (*Sprachgefühl*), a agrupar las palabras por familias, a referir una palabra desconocida a otra conocida, con cuyo significado va a identificarse. He aquí que Belarmino sigue en varias ocasiones un procedimiento de análisis que descompone lo que él cree partes integrantes de la palabra, en busca de algo que le ponga sobre la pista de cosas conocidas. No estará de más recordar a este respecto que Max Müller dedicó en las *Lectures* especial atención, dentro de su interpretación mitológica del lenguaje, a la etimología popular, y que también otras ideas expuestas en esas célebres conferencias parecen reflejarse en esta parte del convencional vocabulario que nos ocupa: el zapatero-filósofo desintegra las palabras hasta reducirlas a elementos esenciales, y cuando da con ellos construye sobre los mismos su significación metafórica, un poco como si tuviera en cuenta que «roots» representan el elemento más simple y original al que puede reducirse todo lenguaje, tal como Max Müller lo explicó. Conocemos ya la teoría belarminiana de la intención de las palabras. La intención puede muy bien esconderse en su raíz. De ahí que Belarmino encuentre en *escolástico*, *escorbútico*, *espasmódico*, una rara combinación del verbo ser, de unos subfijos y de las raíces *cola*, *cuervo* y *pasmo*, a cuya significación debe referirse la de los adjetivos. Esas tres palabras

(39) W. von Wartburg, *Zur Frage der Volksetymologie*, en *Home-naje a Menéndez Pidal*, Madrid, 1925, I, pág. 17.

adoptan en la mente de Belarmino un valor simbólico, cuyo reflejo encontramos en su nueva valoración: *el que sigue opiniones ajenas, pesimista, placer*. En este último caso el adjetivo se ha sustantivado. Más fácil será derivar *solera* de *sol*, *saludable* de *saludar* y *teista* de *tea* incendiaria, si se ignora su verdadera etimología, y también emparentar *llamativo* con *llameante*, buscando el origen en *llama*, o creer que *facturar* tiene que ver con *factura*, y *macilento* con *maza*. En todos estos casos, así como en la identificación *lente* = *ente* y *Sastrea* = *Astrea* (39 bis) se sigue la tendencia normal, que se da en todos los idiomas, de asociar una palabra poco familiar a otra familiar, produciéndose así una asimilación inconsciente de sonidos y significados (40). Algo más complicado resulta buscar en *intuición* una raíz *tú*, con lo que la palabra viene a ser lo mismo que *tutear* = *dominio y familiaridad con un asunto*, lo contrario a *saludable*, de *saludar* = *conocimiento ligero, opuesto a la intuición*. Un caso análogo encontramos en *sistema* = *testarudez, obstinación*, para lo cual ha tenido que llegarse a la difícil descomposición *si es tema*, algo reñida con la significación que se da a *postema* = *sistema, teoría*, en la que no encontramos la separación de elementos, parecida o paralela, que pudiera esperarse, sino una valoración metafórica: *postema* = *tumor muerto que se forma dentro de un cuerpo vivo*. En *metempsicosis* ve Belarmino una palabra compuesta de *mete* (de *meter*) y *psicosis*, cuya significación se le antoja misteriosa, con lo cual la teoría de la transmigración de las almas a otros cuerpos se transforma en *intrínquilis, esencia de*

(39 bis) Casos parecidos encontramos en *aludir* = *adular*, si bien Belarmino da una explicación que se sale de ese tipo de asimilaciones («da alusión es siempre una adulación» (Bel., pág. 48); y en *eliminar* = *iluminar* (*eliminarse* es *libertarse*, y *eliminación* = *libertad*, en *Luna de miel*, página 153).

(40) M. E. Houtzager, *Unconscious Sound—and Sense—Assimilations*, Amsterdam, 1935, págs. 7 y s. Obsérvese también la asimilación Pascual = Pascual en Bel., pág. 50, y *Ombligo del mundo*, pág. 257.

las cosas («meter intrínquilis en las apariencias sencillas») (41). Otras abstracciones, tales como *chisgaravis*, *maremágnum* y *tetraedro*, en el mismo plano que *metempsicosis*, quedan inexplicadas en su evolución semántica. Quizás hubo en ellas un proceso paralelo al del *ecuménico*, tal como Belarmino lo explica a sus correligionarios del Círculo Republicano de Pilares (42). Pero tal vez el origen de su nueva significación se encuentre en la eufonía que en ellas preció el zapatero, ya que no hay que olvidar el papel que desempeña el timbre en su teoría de la interpretación y confección de las palabras de su léxico (43).

No hay que olvidar tampoco, en relación con el timbre de

(41) *Bel.*, pág. 123. El mismo procedimiento de descomposición e interpretación de uno de los elementos, el conocido de la palabra en *lacedemonias*, de que doña Rosita dice: «A mí me suena a demonios hembras.» (*Luna de miel*, pág. 158.)

(42) *Bel.*, pág. 49: «Eso es el ecuménico. ¿En dónde estamos? En una habitación. ¿Qué es la habitación? Un cuadrado. ¿Y qué es un cuadrado? Un círculo: el Círculo republicano. La cuadratura del círculo. Por eso la República es el ecuménico.»

(43) Pérez de Ayala insiste en la eufonía y simbolismo de los nombres en varias ocasiones: Setiñano, al saber los nombres de Nausikaá, Perpetua Meana, «celebró el primero, reputándolo muy bello y significativo, y le hizo ascos al segundo por carecer de eufonía y por otros motivos»; el de su suegro, don Teosifonte Meana, «es nombre que Marco reputó muy bello y eufónico» (*Prometeo*, págs. 47-48). Don Cástulo quiere bautizar a su hijo con nombres griegos, «que son los más pulcros»: Empedocles («Tanto valía que le saliese una joroba», dice Conchona al oírlo), Pitágoras, Pelópidas, Zenón, etc. (*Los trabajos de Urbano y Simona*, pág. 272). Recuérdese también esa misma novela (págs. 176-77), los nombres de las siete hermanas que custodian a Simona: «tres, comunes a dos, que así valen para un varón que para una hembra: Práxedes, Leónidas y Onofre; dos, que sonaban a veneno de la botica: Arsenia y Sulforiana; uno que sonaba a tormenta: Trifona; uno que sonaba a crimen: Degollación.» En el cuento *Club*, esta palabra es interpretación arbitraria de la fonética de *club*, y que Generoso pronuncia *clíp* «porque es el ruidillo que la bolita de marfil emite al incrustarse en la casilla de la ruleta», y cuya trascendencia acaba por ver en el momento de su muerte: «Ahora veo claro. Mi alma gira como una bolita de marfil. Cuatro casilla. C., cielo; L., limbo; I., infierno; P., purgatorio...» (*El ombligo del mundo*, págs. 227 y 251). Las palabras que terminan en *ismo* hacen temblar a doña Rosita en *Luna de miel*, página 158. No hay que olvidar que en *Bel.*, pág. 94, se dice de las palabras: «Son como vasijas, que, aunque de la misma forma, unas están hechas de barro y otras de cristal puro y contienen una esencia deliciosa.»

las palabras, que en el vocabulario que se nos conserva de Belarmino hay unas cuantas voces onomatopéyicas. La idea de un lenguaje natural, como realidad y como aspiración artística, data de antiguo en la obra de Pérez de Ayala. En su primera novela, en el coloquio superfluo que sostienen el ingeniero escocés Yiddy y el *alter ego* del autor, Alberto Díaz de Guzmán, afirma este último lo siguiente :

«El lenguaje humano es aún imperfecto, o más bien rudimentario y bárbaro ; ni se ha inspirado en la Naturaleza ni ha rebuscado los innúmeros sonidos que la laringe puede emitir, y que serían como un eco de los ruidos de la Naturaleza, sublimes y suaves, ásperos y dulces, pero siempre armoniosos. Yo puedo copiar un árbol tal cual él es, si mi habilidad llega a tanto, porque dispongo de colores parejos a los suyos, que diestramente casados, finjan un remedo y compendiado trasunto. Pero, ¿podré, por ventura, trasladar el susurro del bosque con el gorjeo de los pájaros y los mil ruidos que lo componen, sin hacer una referencia intelectual, esto es, una descripción, ayudándome de elementos ópticos y de referencias lejanas? En nuestra laringe existen cuerdas que, convenientemente adiestradas, pueden imitar los sonidos naturales ; la prueba es que hay gentes que imitan a las aves y ruidos inanimados. Si el lenguaje humano fuera perfecto e inspirado en la Naturaleza, como lo es el arte de la pintura y de la escultura, podríamos realizar maravillosos poemas. En esta hipótesis, todos los pueblos hablarían el mismo idioma...» (44).

Esta *Lautmalerei* a que se refiere Ayala, meta imposible, pero deseo innato en el hombre de conseguirla, no es sino la natural tendencia de quien habiendo aprendido a interpretar el mundo de los sonidos, y, a través de ellos (*lautierend*), siente la limitación de las leyes lingüísticas y de la propia lengua, como instrumento de expresión, y pretende llegar a una total comprensión del mundo concreto, conservando en la lengua, en lo que le es posible, los sonidos naturales (*das Lau-*

(44) *Tinieblas en las cumbres* (1907), pág. 286.

tieren) (45). No deberá, pues, extrañar que encontremos en la obra ayalina muestras abundantes de onomatopeyas y de palabras expresivas, para emplear la terminología de Grammont (46), que demuestran que el protagonista de *Tinieblas en las cumbres* no habló en balde. Un estudio de la lengua y estilo de Pérez de Ayala no puede pasar por alto ese capítulo, así como tampoco el uso de las interjecciones en su obra (47). Claro que todas las voces que quieren reproducir o imitar el sonido del objeto que designan, evocar ideas o sensaciones, o expresar sentimientos naturales humanos, adoptan en el lenguaje de Pérez de Ayala la forma convencional que constituye su expresión ordinaria en un idioma nacional. Los términos onomatopéyicos del vocabulario filosófico del zapatero de portal, como tantas onomatopeyas de otras obras del autor, responden a formas españolas tradicionales (48).

(45) K. Bühler, *Sprachtheorie. Die Darstellungsfunktion der Sprache*, Jena, 1934, pág. 195.

(46) M. Grammont, *Onomatopées et mots expressifs*, en «Revue des Langues Romanes», 1901, tomo XLIV, págs. 97 y sigs.

(47) En la obra de Pérez de Ayala encontramos numerosas muestras de ese interés suyo por los sonos y ruidos de la Naturaleza. Así tenemos en *Exodo* (1910) un ejemplo de «la más copiosa y unánime orquestación rústica desde el maestro de batuta Noé» (*Bajo el signo de Artemisa*, pág. 187). Compárese uno de sus primeros poemas en *La paz del sendero* (1903), págs. 64 y sigs. Otro buen ejemplo de esta característica del estilo ayalino es una descripción de un viaje al frente italiano, en *Herrmann, encadenado* (1917), pág. 79: «Suenan roncós cuernos y vehementes sirenas de automóvil; se oye el traqueteo de los arzones de artillería, el relincho de los caballos y el claro choque de los arneses.» En toda la obra de Ayala abundan los cacareos y kikirikfes, los trálalas, el bisbiseo, cuchicheo y runruneo de gentes y elementos, ulular de hombres y fieras, tarareos de canciones, tantanes y tintines, titildar y fliflonear de campanas y campanillas, algarabía de pájaros y zumbidos de insectos, murmurios de arboledas y corrientes, etc., etc., cuya exposición detallada haría necesario un estudio especial. Es de lamentar que la tesis doctoral de R. Carstensen, *Die Interjektionen im Romanischen*, Tübingen, 1936, no tuviera en cuenta la obra de Pérez de Ayala, en la que hubiera encontrado ejemplos característicos y numerosos de exclamaciones.

(48) R. Carstensen, *ob. cit.*, pág. 2 y sigs., hace notar cómo las interjecciones han perdido hoy su primitivo carácter al estereotiparse en todos los idiomas, adquiriendo una fijeza fonética, con transcripciones convencionales en el lenguaje literario. Cada idioma posee actualmente un sistema bastante fijo de interjecciones y de voces onomatopéyicas.

Siendo Belarmino creación de un autor que estima el simbolismo de los sonidos, y que atisba una posibilidad de lenguaje humano, universal y perfecto, inspirado en la Naturaleza, no sorprende que se haya dado cabida en su vocabulario a lo onomatopéyico. Acaso puede sorprender que no hiciera más uso de ello. Dentro de la teoría belarminiana del *enan-chamiento*, se concibe un sonido natural como la más amplia *horma* en que cupieran todas las ideas. En las onomatopeyas, Belarmino ha encarnado también abstracciones, *tris*, *tras*, que en los diccionarios de la Academia y de Ramón Caballero, significa una repetición enfadosa y porfiada del que está diciendo siempre lo mismo, o, en su variante *tras*, *tras*, golpe repetido, recuerda a Belarmino el golpe del tajo, y, por ser como éste, breve y ejecutivo, pasa a significar *bien* en su vocabulario. *Tas*, *tas*, *tas* es para él *los golpes del martillo sobre el ataúd*, y, por lo tanto, *muerte*. *Patatín*, *patatán* (49), significa *circunloquio* = *mal* («todo lo que está mal se reviste de circunloquio»). Y, por último, *tole*, *tole*, palabra de la que hace frecuente uso. Ayala, a lo largo de su obra (50), viene a ser *vida* («la inquietud constante; el aleteo de las pasiones»), como un lejano eco, en su interpretación, del rumor con que lo define el Diccionario académico. La germinación que se aprecia en estas voces onomatopéyicas, con ser normal, no es del todo ajena, sin embargo, a la característica en el estilo

(49) R. Carstensen, *ob. cit.*, pág. 66, cita la interpretación de Nyrop del francés *patati patata*: «un babil insignifiant et ennuyeux». *Patata-patata* es, en Ch. Nodier, *Dictionnaire raisonné des onomatopées françoises*, 2.^a ed., París, 1828, pág. 296, un «mot factice, imaginé pour représenter le galop d'un cheval». Pérez de Ayala se mantiene, por lo visto, dentro de la interpretación corriente que se da a esa locución en español.

(50) He aquí algunos ejemplos del empleo de *tole*, *tole*, en los libros de Ayala: «Hasta mí llegaba el tole tole de que este en otra época hermoso cuerpo de la fortuna de Cerdeño estaba cancerado de hipotecas.» (*Luna de miel*, pág. 264); «No vaya usted ahora, por simplicidad y esquivaza, a levantar otro tole tole» (*Tigre Juan*, pág. 133); «Aunque el tole tole de la necia y liviana opinión...» (*El curandero de su honra*, página 159).

de Pérez de Ayala, de profusas repeticiones inmediatas de una palabra como expresión matizada de algo (51).

El lenguaje de Belarmino, aun dentro de la artificiosidad natural que la creación artística impone, no deja de presentar interés en sí mismo como fenómeno lingüístico. Pero sobre este interés está el de ser encrucijada en la que se encuentran muchos senderos de la obra ayalina.

(51) F. Díez, *Gemination und Ablaut im Romanischen*, en *F. D. kleinere Arbeiten un Recencionen hgg. von H. Breyman, München, 1883*, pág. 178. Un resumen de estos problemas en la tesis doctoral de F. Kocherm, *Reduplikationsbildungen im Französischen und Italienischen*. Berna, 1921. Resulta imposible resumir en una nota la reduplicación como medio estilístico en la obra de Ayala. Dejando a un lado lo sintético, de que pudieran darse abundantes ejemplos, como paralelos a *tole, tole*, tenemos *fule, fule* (*Luna de miel*, pág. 139); *zape, zape* (*Trabajos de Urbano*, pág. 265), etc. Sorprende un poco que Belarmino no utilizara para su vocabulario otra reduplicación, *triquitraqe*, a la que tan aficionado es Ayala. Compárese: «estallaba como un triquitraqe» (*Luna de miel*, pág. 129); «hablando a cada triquitraqe» (*Las máscaras*, pág. 180); «algunos traían aún pegado al oído el triquitraqe de la última balada» (*Troteras y danzaderas*, pág. 286).

